

Centroamérica, como una taladrante sensación en que se confunden la pesadilla y la realidad. Y por encima está el sueño del artista que deja en medio de todo un relámpago de poesía y de belleza.—LUIS DURAND.



**Los «CUENTOS DE VIENTO Y AGUA» de Juan Marín.
Bangalore, India. Octubre 1950.**

Yo veo en ellos la vida en lo que tiene de bruto y cruel, de pasiones en su paroxismo y en su fatalidad y también en su ruda ternura cuando corre por el filo de la navaja en que lo real y lo irreal apenas se deslindan, a veces en un sueño de neblina en que la implacable realidad rompe la nube negra y tormentosa con un destello de luz, que se hace más evidente por la violencia del contraste.

Todo dicho con la precisión del hombre de ciencia, filósofo y poeta a la vez, que lo mismo disecciona el alma que el cuerpo humano, en el estilo «puño»—como denominaba Ricardo Guiraldes al suyo propio—el que da la emoción desnuda, sin rulos, y muestra la vida tal como es.

Más que todos me impresionan los cuentos que suceden en nuestra América, tan nueva para nuestra ignorancia y tan vieja en su realidad, América en que razas y civilizaciones culminaron y murieron con un estoicismo que corresponde más al secreto Oriente que al Occidente usurpador.

Esa América desnudada de sus auténticas poblaciones por la rapaz codicia de la raza pálida que la subyugó, dejándola vacía de sus hombres y de sus pasadas glorias, como queda la tierra después de los

grandes cataclismos. Y los recién venidos y salpicados núcleos donde surgió el nuevo modo de vida, tan ajeno a la naturaleza de su suelo, vario de climas y de aspectos, germinando pronto en sus periferias, pero sumamente lento en la vastedad de sus ilimitadas extensiones en las que el hombre tiene que vencer la fiera Naturaleza en rebeldía.

De allí esa tremenda diferencia entre las ricas ciudades de América y la extrema pobreza de los que viven alejados de estos centros-pulpos que se tragan la vida misma de los escasos humanos que pueblan sus inmensas lejanías.

Mucho se habla de la pobreza de los pululantes pueblos del Oriente prolífico y sobrecargado de vidas humanas. Pero, yo he visto en mi Argentina desierta—como lo ve Marín en su larga costa chilena—esa misma miseria en que el número poco tiene que ver, pero en la cual la intensidad del sufrimiento de la carne humana es de la misma calidad. La falta de lo absolutamente necesario para mantener junto el alma y el cuerpo que se muere lentamente de escualidez física, mental y espiritual.

Con mano maestra nos pinta Marín la miseria humana por la que se ha movido en sus peligrosas actuaciones en la Marina y la Aviación de su país, con el corazón apretado de asqueada indignación. Su gran corazón de hombre noble y limpio estalló más de una vez ante el espectáculo de la vida miserable de una humanidad martirizada por la insaciable codicia de los que, sabiéndose impunes, aprovechan toda ocasión de lucro, sin importarles el medio de lograrlo. Pero, esa América de tremendos contrastes también abriga la altiva nobleza del hombre más libre de toda la Tierra, el gaucho estoico de pocas necesidades,

que tiene el coraje de eliminarlas y sabe del contentamiento de las «cuatro Nadas» que Dios le otorga. Y al decir «gaucho» no me limito al hombre así denominado en una sola parte de América, sino a su correspondiente entre los pobladores de todo el continente. Hombre en constante lucha con la Naturaleza inmensa y áspera que lo hace consciente de su valor, su coraje y su capacidad de triunfo: el hombre ante el horizonte y ante sí mismo, allí donde no caben engaños ni compromisos y donde la verdad reina en toda su pura magnitud. El hombre ante la soledad, la infinita soledad del espacio y el tiempo, donde al lapso de vida de bestia y hombre se pierde en lo efímero y accidental de un escalofrío.

¡Vida y muerte, muerte y vida, transubstanciadas en un potente abrazo de unificación! Todo esto nos ofrece Juan Marín en sus catorce cuentos que, aunque situados en los cuatro Puntos Cardinales de esta Tierra nuestra, sólo los pudo sentir tan hondo un Americano que supo lo que es luchar con los elementos desencadenados en sus furias indómitas: no solo los elementos de la Naturaleza física, sino los misteriosos y ocultos elementos del alma en lucha por llegar de nuevo a su natural y olvidada condición divina.—
ADELINA DEL CARRIL DE GUIRALDES.



«FOLÍAS» de *Juan Tinoco*

Hace unos años, en Chile, cuando dictábamos cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad de Chile, recibimos un día un libro extraño y admirable: «La Sombra del Centauro». Su autor, el Dr. Juan